

El Real Seminario de Vergara

por

Joaquín de Yrizar

Pocos pueblos han mostrado tanto afecto a la Compañía de Jesús, en los difíciles tiempos de su fundación como la guipuzcoana villa de Vergara; afecto sin nebulosas, patentizado en los recios obstáculos que hubieron de vencer para conseguir un modesto Colegio de la Orden que se acababa de fundar. No le sirvió a Vergara en aquellos primeros días, el tener como a hijos suyos, al Padre Antonio de Araoz, sobrino carnal del hermano mayor del Santo fundador y a Beltrán López de Gallas-tegui Ozaeta, hijo de su hermana Magdalena para lograr sus vehementes deseos.

Se inician las gestiones en vida del propio San Ignacio. El Padre Antonio de Araoz desembarca en el puerto de Barcelona el seis de octubre de 1539 y cumpliendo las diversas misiones que en Roma le dió el Santo, llega a su pueblo natal y predica con tal fervor que habiendo pedido a los señores que componían la Junta Foral, reunida entonces en Vergara, que "los pecados públicos fuesen castigados, quando el corregidor fué de aquí, llevó consigo más de treinta usureros y amancebados, públicamente en azémilas, y agora me escribe que tiene más de otros tantos" (1).

La conmoción religiosa en Vergara, hubo de ser grande. La impresión conseguida, profunda pero aún no se da el menor paso, que nosotros sepamos, para conseguir una fundación. Pasan los años y en 1546 vuelve Araoz a su pueblo. Esta vez a reponer su maltrecha salud. Vive en casa del contador Ondarza, casado con su hermana Magdalena. Y es en esta segunda estancia cuando tratan, seguramente, de la fundación. El P. Malaxecheverría justifica esta presunción (2): "Cuando en aquellas largas conversaciones de la convalecencia, en el seno de la

(1) Carta del P. Antonio Araoz a San Ignacio. Mon. Hist. Soc. J. Epist. Mix 1. Citada por el P. José Malaxecheverría, S. J. en su libro: "La Compañía de Jesús por la Instrucción del País Vasco en los siglos XVII y XVIII". San Sebastián, 1926.

(2) P. Malaxecheverría. Op. cit.

intimidad, refiriera el Provincial (P. Araoz) los diversos proyectos de fundación que por aquel entonces se estaban tramitando, ¿quién duda que el buen contador, siguiendo el ejemplo que le daban tantos otros mimados de la fortuna como él, se sentiría animado a invertir parte de su saneada hacienda, en beneficio de su pueblo y para bien de sus queridos paisanos? Lo que más tarde realizó el piadoso matrimonio Ondarza-Araoz, fundando en 1563 el convento de franciscanas de Vergara ¿será aventurado creer se venía proyectando desde 15 años antes, en beneficio de otro instituto, que aunque más no fuera por relaciones de familia con los Loyola y los Araoz, debía resultarle muy allegado y querido?”. Y por otra parte confirma esta conjetura la carta del P. Polanco al P. Jerónimo Domenech (3): “Scrivenos también el licenciado Araoz que se le ofrece ocasión de aver en Vergara, de donde es natural una muy buena casa que el contador Ondarza tiene fabricada”. Por diversas razones no se aceptó la generosa oferta de Ondarza, que probablemente sirvió de base a la fundación, unos años después del convento de la Trinidad, de monjas franciscanas (4).

En 1551 llega a Guipúzcoa el Duque de Gandía. Entra en Vergara el día 5 de abril acompañado del Bachiller Solís, cura de San Pedro y del Dr. Araoz, Provincial de la Orden de Jesús; “aposentóse en las casas del Comendador Ondarza donde la noche durmió y otro día VII de abril, en San Pedro oyó misa en el altar de Ntra. Señora que la dijo dicho cura Solís, se reconcilió y comulgó e después de haber comido se partió para Oñate y estuvo en Ozaeta donde tomó colación” (5).

Predicó, Francisco de Borja, en San Pedro (1 agosto 1551), volvió a predicar el 15 de noviembre “e dijo la misa en Santa Ana de Rotalde en que hubo jubileo plenísimo. Hubo en la misa más de diez mil

(3) Mon. Hist. Soc. J. Epist. e Inst. Sanct. Ign. T. I. citada por el P. Maixeneverría.

(4) En la parte izquierda de la fachada principal del convento de la Trinidad se ven perfectamente los huecos primitivos del antiguo edificio que debía de servir de núcleo a la fundación del caballero Ondarza. Realmente era una “muy buena casa” la que el Contador ofreció, en nuestra hipótesis, a los jesuitas primero, y más tarde a las “*Hdas. y muy religiosas señoras la madre vicaria y beatas del monasterio de la Santísima Trinidad de esta villa de Vergara*”. (P. Fr. José Adriano Lizarraide. Historia del Convento de la Purísima Concepción de Azpettia. Santiago 1921).

(5) “Libro de cuentas e inventario de bienes del hospital de Vergara de 1547 a 1583”. Citado por don Serapio Múgica en “Euskalerrriaren alde”, 1930.

personas y posó en el hospital de la dicha villa” (6). Volvió a predicar por diciembre y “siempre posó en el hospital”.

Con todo esto, la devoción vergaresa se puso al rojo. El bien conseguido fué indudable y se animó de nuevo al intenso deseo de conseguir una residencia de Jesuitas por modesta que fuese. Y comienzan de nuevo a laborar, esta vez enfocándolo en un plano semioficial. Ya no es el deseo de un devoto matrimonio el que se exterioriza ofreciendo una de sus casas, como hizo el contador Ondarza, presionando al mismo tiempo a su cuñado Araoz. Ahora es el “Secretario Pedro Hernández de Izaguirre, representante del Consejo, Justicia Regimiento, caballeros e hidalgos” de la villa de Vergara quien se dirige nada menos que al fundador Iñigo de Loyola. Y para mayor eficacia de la petición, la fortalecen con una carta de don Beltrán López de Gallas-tegui-Ozaeta, sobrino carnal suyo, como antes indicamos. A pesar de tales empeños fracasa de nuevo la aspiración vergaresa. Y es, por azares de la vida, el propio vergarés P. Araoz, el que en multitud de razones, tiene que exponer, no dudo que con la mayor aflicción, al P. Ignacio de Loyola la poca conveniencia de la fundación. El edificio ofrecido para el nuevo Colegio fué el “ospital que en quanto al edificio uno de los mejores destas montañas, todo de cal y canto. Tiene su yglesia buena con ynbocación de la Magdalena, donde ay mucha devoción: y en lovaxo una cozina grande, á manera desta tierra, y al derredor della cinco camas, y una bodega con cinco cubas, y otras dos cámaras con cada seys camas, y su çaguán muy bueno, y en el primer sobrado, tiene un coro, y un aposiento, y una cozina y tres cámaras con su corredor; y en lo alto ay una cámara grande, en la cual se haze el ayuntamiento desta provincia las vezes que corre a esta villa, y seys cámaras y un palomar” (7).

Es sumamente interesante esta detallada descripción de lo que era un hospital en aquellos tiempos, y cuyo corazón, sin la menor duda, sería esa “cozina grande á manera desta tierra”, cuya campana haría de

(6) Serapio Múgica, op. cit. La Ermita de Santa Ana, propiedad del Conde del Valle, se encuentra muy bien conservada y guarda como preciosa reliquia el pulpito desde el que predicó San Francisco de Borja ese memorable día.

(7) M. H. S. J. Ep. mlx. II, núm. 411. Carta de Pedro Hernández de Izaguirre a San Ignacio de Loyola, desde Vergara el 6 de diciembre de 1551.

tornavoz a Francisco de Borja en más de una ocasión, ante sus predilectos los pobres.

En estos fracasos vergareses para conseguir que viniesen los jesuitas, debía de influir la proximidad del Colegio de Oñate que por lo visto interesaba a la Compañía en primer término. Por causas que no vamos a exponer, la modesta fundación de Oñate fué languideciendo y llegó un día gris en que la cuarta congregación de la Orden acordó suprimirla. Afortunadamente los PP. Procuradores de Castilla consiguieron que la supresión fuese sustituida por su traslación a “otro punto de mejores comunicaciones. Ese punto por disposición del P. General, había de estar en las provincias vascas; y para que la vida de la institución futura no fuese tan precaria como la de su precedente, determinó Su Paternidad, se le agregase un cuantioso legado” (8).

Los diversos pueblos en que primeramente quisieron fundar no se mostraron muy propicios. Vitoria, Bilbao y hasta Azpeitia, la propia patria de Loyola no habían de albergar, por atendibles o no atendibles razones, a aquellos fervorosos jesuitas que iban a abandonar a Oñate. ¡A todo esto “iba expirando el plazo de tres años que Doña María Centurione había fijado a su donativo para la fundación en Euskal-erria; no faltaban sino 40 días cuando el P. Gonzalo de Avila, a la sazón Provincial, escribió desde Oñate al Ayuntamiento de Vergara haciéndole la consabida oferta. Aceptóla en principio la noble villa guipuzcoana, con muestras de marcada gratitud; y para ultimar las condiciones del contrato, mandó una comisión de la que formaban parte Don Juan Martínez de Olalde, por el Cabildo Eclesiástico y por el Regimiento de la villa Don Andrés de Eguino y Mallea. Con suma concordia de pareceres convinieron ambas partes en todas las condiciones y el 29 de marzo de 1593 se firmó la escritura con grandísimo regocijo del vecindario vergarés” (9).

El plazo para disfrutar de la magna cantidad de la Señora Centurione iba corriendo con tal rapidez que sin tener un edificio adecuado, alquilaron unas casas en la “calle de Varrencale que solían ser del licenciado Jáuregui, abogado” y formaron un Colegio el día 7 de abril de 1593, miércoles para más señas, como anota con su puntualidad ca-

(8) P. Malaxecheverría, *op. cit.*

(9) P. Malaxecheverría, *op. cit.*

racterística, el historiador mondragonés Esteban de Garibay (10), añadiendo que tomaron posesión de esas casas “hasta haber sitio conveniente para fundar Colegio”.

No se conocen las dificultades vencidas para conseguir el solar sobre el que edificaron. Sólo podemos afirmar que en 1607 estaban en plena obra. Sabemos que el día 11 de diciembre del mencionado año se le abonaron a maese Francisco Pérez de Aroztegui 25.802 reales por lo construído hasta esa fecha (11). Dos años más tarde el Sumo Pontífice Paulo V declara Beato a Iñigo de Loyola. Continúan las obras y en 1614 tratan de construir la iglesia. El escultor de Vitoria Pedro de Ayala se compromete a hacer el retablo mayor, “de nogal y orden jónico según la traza que presentó; y que parece no tuvo efecto” (12). Ese mismo año de 1614 otorgó el escultor Gregorio Hernández en Valladolid el día 23 de mayo, una carta de pago al Padre Gaspar Suárez de 1.200 reales por “una hechura de bulto de San Ignacio de 2 $\frac{1}{3}$ de varas de alto para el Colegio de Vergara” (13). Estofó la estatua el pintor Marcelo Martínez y hizo el Jesús y la diadema el platero de la mencionada ciudad castellana



(10) *Memorias de Garibay*, publicadas por la Real Academia de la Historia. Madrid 1854.

(11) Carta de don José Vargas Ponce a don Juan Agustín Cean Bermúdez, fechada en Madrid el 28 de agosto de 1804 y publicada por el Marqués de Seoane en 1905.

(12) Marqués de Seoane. Op. cit.

(13) Marqués de Seoane. Op. cit.

Martín de Aranda. Y sobre un macho vino esta magnífica estatua desde Valladolid a Vitoria y de aquí a Vergara, “obligándose el arriero a pagar los menoscabos, y dijo que sólo por las sogas padecería el estofado; pero que un pintor en pocas horas podría repararlas”.

Si hemos de creer a Vargas Ponce, hasta el año 1662 no se construyó el gran colegio. Fué el primitivo uno más reducido del que apenas tenemos otras noticias que el nombre del maestro Aroztegui y la mejor imagen que existe de San Ignacio, tallada cuando aún no era más que Beato.

Parece ser que el Jesuíta P. Pedro de Matos hizo la traza del Colegio de Jesuítas de Santander, y éste sirvió de modelo en 1662 para el de Vergara. Son conjeturas de Vargas Ponce. No es extraño que así fuera pues en esa época ya todos los colegios jesuíticos seguían un conocido patrón, y Vergara no iba a ser una excepción.

Firmaron el proyecto inspirado en el del P. Matos, el eibarrés Juan de Ansuola Iburguren, Miguel de Marín, Juan de Zaldúa y Mateo del Río. Este último tenía a su cargo la obra de cantería de la iglesia en 1662, a costa de Don Andrés de Madariaga (14).

Es posible que exista un error de fecha en la noticia de Vargas Ponce y fuera once años más tarde cuando Don Andrés de Madariaga formaliza su ofrecimiento de 20.000 ducados para la construcción de la Iglesia. Un año más tarde, 1674, es cuando notarialmente acepta la Compañía de Jesús el espléndido donativo (15). En estos años del 73 al 75, el vecino de Beasain Miguel de Abaria concluyó la Iglesia, “no siendo de su cuenta ni la cornisa de yeso de dentro ni los escudos de piedra de fuera” (16). Y para concluir con los nombres de los artistas, conocidos gracias a Vargas Ponce, anotaremos que en Enero de 1692 se comprometieron los escultores Rafael de Larral y Jacobo de Ayesta para hacer el retablo mayor en 4.000 ducados, sin el pedestal y dando el material el Colegio. El pedestal lo hizo el azcoitiano Mateo de Azpiazu (17).

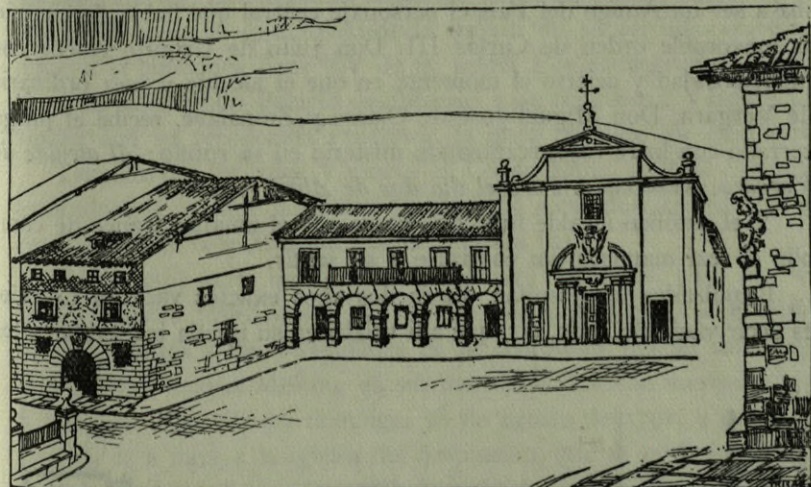
(14) *Idem idem.*

(15) Estos datos, que amablemente me envía el Marqués de Tola, pertenecen a un interesante y concienzudo trabajo suyo, inédito aún, sobre las familias guipuzcoanas, y cuya publicación deseamos sea pronto un hecho.

(16) Marqués de Seoane. *Op. cit.*

(17) Este escultor Mateo de Azpiazu labró las columnas salomónicas de los altares laterales de la iglesia parroquial de Deva. Conde de Polentinos. *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones. Tomo VI.*

No señala la carta de Vargas Ponce si la traza del Colegio de Jesuitas de Santander comprendía también la iglesia, y fué la de Vergara inspirada en ella. Lo que no cabe duda es que el autor de la igle-



sia vergaresa era un admirador de Juan Gómez de Mora, el arquitecto fiel a la Escuela herreriana y autor de la iglesia de la Encarnación de Madrid (1611-1616). Como ella, tiene una planta cruciforme con cúpula en el crucero. Planta que Gómez de Mora desarrolla en el Colegio de los Jesuitas de Salamanca con espléndida magnificencia, y que aceptan con entusiasmo los constructores Jesuitas Francisco Bautista y Pedro Sánchez, autores de la gran iglesia de la Compañía San Isidoro el Real (1626-51).

La fachada recuerda mucho a la iglesia de los Jesuitas de Alcalá de Henares, de Gaspar Ordóñez, construída en 1602 (18) en esquema su disposición es la misma, con análogos vestigios del estilo de Juan de Herrera.

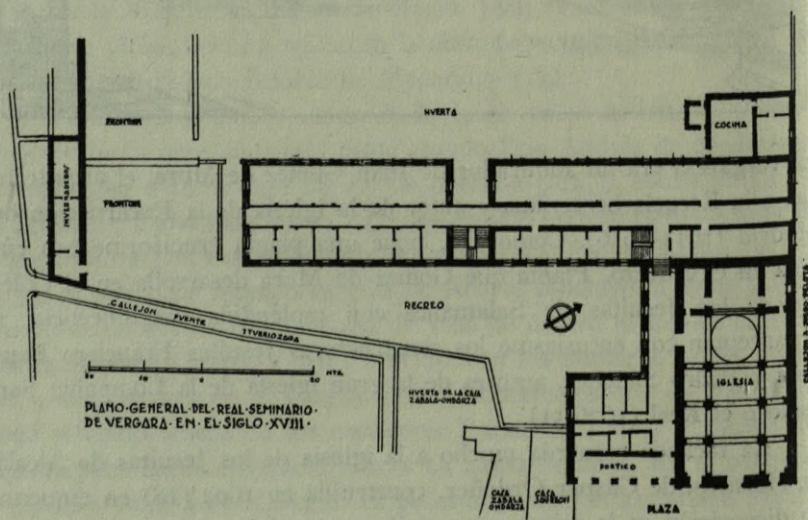
Terminado el Colegio transcurren tranquilos los años. No es nuestro intento reseñar su labor. Fué sin duda fecunda y velaron celosos, sus moradores, por el bienestar del pueblo. Pero ningún bien dura largo

(18) Historia del Barroco en España. Otto Schubert. Madrid 1924.

tiempo y también en este ansiado Colegio sonó la triste campana. Fué el 1 de abril de 1767. Ya Vergara conocía a los Amigos del País. Habían intervenido en las grandes fiestas de tres años antes con el Conde de Peñafiorida al frente. Y ahora también, por azares de la fortuna, iba a ser un Amigo del País el personaje central que había de cumplir la inexorable orden de Carlos III. Don Julio de Urquijo reseña con meticulosidad y acierto el momento en que el alcalde y juez ordinario de Vergara, Don Miguel José de Olasso y Zumalave, recibe el pliego cerrado con lacre rojo, rezumando misterio en su rótulo: *Al alcalde de Vergara. Reservado. Para el día dos de Abril* (19).

Y el católico alcalde tuvo que pasar por el amargo trance de cumplir el real mandato tan contrario a su sentir.

Expulsados los Jesuítas, queda dos años exactos vacío el Colegio, es decir vacío del todo, no; que allí velaba en su iglesia inalterable a los



desdichados acontecimientos, la magna imagen de San Ignacio que siglo y medio antes entrara en Vergara a lomos de unas caballerías que partieron de Castilla.

Los Amigos del País consiguen en marzo de 1769 hacerse cargo del

(19) Julio de Urquijo, Menéndez Pelayo y los Caballeritos de Azcoitia, 1929.

vasto edificio (20) y organizan su ideal más querido: una “Escuela Patriótica”, que se transforma en “Real Seminario Patriótico Vascongado” en 1777. Es conocida su labor cultural. Traen a enseñar a los Proust, Elhuyar, Chavaneau, etc. Descubren nuevos cuerpos simples en sus laboratorios. Los alumnos llegan de todos los puntos cardinales. El éxito fué como el que Peñaflorida soñara en su tertulia azcoitiana, junto a la chimenea Luis XV de su salón. Por conseguirlo abandonó el recién construído Palacio de Insausti y se trasladó a Vergara para vigilar con su reconocida prudencia la gran obra de los caballeros.

Transcurren los años y muere el Conde junto al Real Seminario evitándose el ver que la guerra de 1794 iba a concluir con la más gloriosa época de la institución que él fundara (21).

Pocos años antes que los convencionales franceses, pasa por Vergara el ilustre Jovellanos y por él sabemos que al adaptar el edificio de los Jesuitas a las necesidades de la enseñanza habían mutilado la iglesia. Don Gaspar Melchor en sus memorias describe minuciosamente a Vergara. Está allí un domingo, 28 de agosto de 1791, y su primera “salida es a misa a la iglesia del Seminario, que es la de los jesuitas, cortada una parte para hacer abajo aula de dibujo, y arriba biblioteca” (22). Visita a la Condesa Gaytán de Ayala, a madama Foronda, come en casa de Lili “bien, limpia, agradablemente”. Y dedica la tarde al Seminario Vascongado. Como están en vacaciones faltan alumnos y algunos maestros. Describe la vida estudiantil sin omitir que “concurren los días festivos a las tertulias donde bailan hasta las nueve que es la hora de la cena”; pero nada nos cuenta de la disposición arquitectónica del edificio.

Van variando las circunstancias y con ellas las enseñanzas del Colegio y en 1865, a los cien años de la fundación de la R. S. Vascongada, la antigua Escuela Patriótica se halla convertida en Real Semi-

(20) Julián de Pastor Rodríguez. Estudio histórico y juicio crítico de la R. S. v. de Amigos del País. Vitoria, 1896.

(21) Los franceses invadieron Vergara el día 22 de noviembre de 1794, con cuatro batallones que bajaron de Elosua al mando del general Laroche y dos que desde Guetaria condujo el general Schilt. Fermín de Lasala. La separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea”, 1895.

(22) Diario segundo de Jovellanos de 6 de agosto a 29 de noviembre de 1797. Biblioteca de la Diputación de Guipúzcoa. Copia manuscrita del original por don Carmelo de Echegaray.

nario Instituto que encontrándose ahogado entre los muros seculares acuerda su ampliación y reforma. Encargan el proyecto al arquitecto don Mariano José de Lascurain y aprobado por R. O. del 5 de abril del siguiente año, comienzan las obras. Lascurain ha proyectado una gran fachada, ostentosa, sacrificando una gran parte de la iglesia, seguramente la dedicada según Jovellanos a aula de dibujo y Biblioteca. Desaparecen los primitivos arcos tan paseados por los "caballeritos" y que armonizaban perfectamente con los fronteros del Ayuntamiento. La portada jesuítica de la iglesia ya no se verá más y para penetrar en lo que resta de la misma, se hará por una puerta anodina, sin importancia y en segundo término. Aquella plaza tan señorial encuadrada por el magno Ayuntamiento, la casa esgrafiada de Jáuregui (hoy declarada monumento histórico-artístico), la casa de Izaguirre-Moya con su escudo de esquina y el Real Seminario Vascongado con la iglesia de los Jesuítas perderá todo su carácter con esta nueva y pretenciosa fachada. Comienzan los trabajos. El director del Instituto dedica sus más lisonjeras sonrisas a las piquetas demoledoras (23). Dice así en el discurso inaugural del curso académico, complacido y satisfecho: "El 30 del indicado mes (mayo de 1865) fué el designado para la inauguración de las obras, comenzando los trabajos por el derribo de la antigua fachada. Nada, absolutamente nada tuvo que hacer el Estable-

(23) Memoria acerca del estado del Instituto provincial gipuzcoano de segunda enseñanza y Real Seminario de Vergara, leída el día 16 de septiembre de 1866. Vergara. Imprenta de F. M. Machain.

Uno de los locales más interesantes del Real Seminario era el laboratorio de química, dirigido por el Marqués de Narros y en donde tuvieron lugar los conocidos experimentos de los Elhuyar, Proust, Chavaneau, etc. Según escribe el profesor de mineralogía sueco, Tunborg, en la curiosa carta que exhuma D. Julio de Urquijo, el "*Laboratorium Chemicum donde sirvió, es edificio aparte, muy grande y bastante bien instalado*". Esta afirmación nos lleva a la sospecha de que quizá este famoso laboratorio estuviera en la derribada casa de Zabaia, en donde sirvió el químico Proust, y lo más probable es que en la misma casa habitara el también profesor Tunborg, bajo el mismo techo del "*Laboratorium Chemicum*". Años después trasladaron, sin duda, el laboratorio al mismo edificio del Real Seminario pues al comenzar la gran reforma de 1866, lo sitúa la Memoria del Instituto antes citado en la zona condenada al derribo: "Llegado que fué el momento de dar principio a las obras exteriores en cuyo punto se hallaban colocadas las cátedras de Física, Química e Historia natural con sus Gabinetes respectivos, la Secretaría, Biblioteca, cuarto de descanso de los señores Profesores, la Portería y Ropería, se deja conocer fácilmente el vasto local que exigía en la parte interior el establecimiento conveniente de tantos, tan variados e importantes compartimentos. Sin embargo, debido a las grandes condiciones de holgura, luz y ventilación de este colegio, se comenzó la traslación apenas concluido el curso".

cimiento para celebrar este hecho, porque intérprete fiel el Ayuntamiento de los sentimientos de sus administrados resolvió espontánea y generosamente señalarlo con un conjunto de bien dispuestos festejos que, iluminados por los rayos de un día hermoso de primavera, poco dejaron que apetecer.”

Y así, alegremente, entre chupinazos, bailes y músicas, desapareció aquella fachada que tantas generaciones admiraron y que tan ligada estaba a la vida de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País.

